



El Cañón del Chama

La cuenca media del río Chama es una región geográfica de Mérida, muy variada en cuanto a climas, paisajes y vegetación se refiere. Quizás el viajero pueda ver algún punto en común en los pueblos que forman esta región por el hecho de estar conectados entre sí por la carretera que conduce desde Mérida hasta El Vigía, la cual corre muy cercana al río. Pero las diferencias surgen por todas partes, a medida que nos desplazamos, moviéndonos entre distintos pisos climáticos, lo cual hace el trayecto bastante ameno.

Partiendo desde Mérida nos encontramos en primer lugar con las fértiles praderas de la caña, a más de 1000 metros de altura, que ocupan los valles y mesetas de los alrededores de Ejido. Es un paisaje montañoso moldeado por la actividad erosiva de los vientos cálidos que vienen de las tierras llanas del sur del Lago de Maracaibo, por una parte, y por otra, a las aguas que bajan de los picos nevados de la cordillera. Además de esto, presenta muchas fallas geológicas activas, relacionadas con la falla de Boconó, y que han modificado violentamente los procesos naturales de sedimentación de materiales durante el cuaternario. Del lado derecho del Chama, aportan sus aguas varios

ríos y quebradas, provenientes de la Sierra de La Culata, que, al bajar en suave pendiente, arrastran los sedimentos que van formando valles secundarios, mesetas y conos de deyección, donde se asientan las poblaciones más importantes. La tierra rojiza, apenas cubierta por una capa delgada de vegetación bastante rala, deja ver las grietas en las laderas más empinadas.

Después de dejar la población de Ejido el paisaje sufre profundos cambios. Los suelos se vuelven más secos y áridos, las laderas de los cerros se ven bastantes erosionadas por la acción de los vientos cálidos y secos, que viniendo de tierras llanas del Lago de Maracaibo, evaporan la poca humedad retenida en la atmósfera. Estos cambios climáticos vienen acompañados de un tipo de vegetación típica de las tierras calientes como los cactus, cujíes, pitas y tunas, que se adaptan al régimen de poca precipitación y humedad.



A medida que descendemos, siguiendo el curso sinuoso del Chama, este paisaje xerófilo, se acentúa aún más, debido al color ocre terroso de los cerros yermos. Se observan profundas grietas o cárcavas en las laderas, formadas por la acción de las aguas al descender violentamente por pendientes de más de 45 grados.

Del lado izquierdo el cauce de piedras del Chama, que arrastra incesante gran cantidad de material desde el valle alto, se ensancha en algunos lugares formando una playa de rocas y arenas bastante amplia, como se observa en la confluencia del río Nuestra Señora, que viene de los glaciares de la Sierra Nevada, un poco antes de La González.

Contrastan los cerros pelados y secos, con el verde exuberante de los cañamelares, formando verdaderos oasis de frescura y lozanía, muy agradables a la vista. En medio de estos llanos de espigas de un



verde esmeralda que se balancean suavemente con la brisa, surgen las copas floridas de algunos árboles típicos de la región, como los ceibos y bucares que nos regalan sus colores rojos y anaranjados durante los meses de Enero a Mayo, los cujíes de ramas enmarañadas y algunas mimosas de flores amarillas.

Se continúa en travesía hasta la Vega de La González, pequeña población a la orilla de la Trasandina, donde el Chama recibe las aguas del río La González, que baja del Páramo de Los Conejos. Allí se halla una alcabala, o puesto de control, de la Guardia Nacional. Luego se asciende hasta una meseta a más de cien metros sobre el cauce del río, sembrada de verdes cañamelares, y dividida en dos partes por un profundo callejón formado por la quebrada La Maruchí, que separa las poblaciones de San Juan y Lagunillas.

Del lado izquierdo del Chama observamos un panorama distinto, en cuanto a topografía y vegetación se refiere. En realidad en el cauce del Chama se tocan las dos placas

tectónicas: Caribe y Sudamericana; y las diferencias entre ambas riberas surgen por todas partes. En la vertiente izquierda, la falda de la montaña cae abruptamente sobre el cauce, dejando muy poco espacio para la actividad agrícola.

A medida que bajamos, el valle se estrecha cada vez más, y el río se torna más profundo y manso con el refuerzo mediano de algunos ríos y quebradas como La Vizcaína y el río San Pablo que bajan desde el ramal sur-oriental de la cordillera. Se observa en este cañón un paisaje agreste, seco y hostil donde apenas sobreviven los chivos que se aferran a las peñas más altas. La vegetación xerófila de cactus y tunas espinosas acentúa aún más, la extraña sensación de soledad, apenas perturbada por la presencia de alguna casa campesina o un trapiche que lanza bocanadas de humo negro que se eleva pesadamente hacia el cielo.

La antigua carretera seguía su curso por la otra banda del río, a través de gargantas y laderas de cierta dificultad para los viajeros, como las famosas laderas de San Pablo. En aquel lugar se une el río San Pablo, que se desliza por un cañón bastante profundo labrado en la roca viva, con el impetuoso al Chama y para salvar este escollo se usaba una tarabita. En el pasado, cuando los viajes se hacían a lomo de mula, era el paso más difícil en todo el camino y los viajeros se encomendaban a todos los santos antes de atravesarlo.

El viajero puede llegar a pensar que el resto del lugar, más allá de la serranía ofrece aspecto igualmente desolado y yermo, más, esto no es cierto. Se trata solamente de un fenómeno local de erosión eólica, que afecta solamente el cañón del Chama. Si nos desviamos de la carretera unos pocos kilómetros hacia la derecha y nos salimos del cañón del río, cerca de Chiguará, por ejemplo, encontraremos paisajes completamente distintos, de verdes montañas sembradas de café y valles de pastos de forraje en donde padece el ganado lechero



En la población de Estanquez, el río Chama cambia de rumbo súbitamente hacia el Norte y de allí en adelante, a la altura de la confluencia del Mocotíes, nos adentramos en valles boscosos de árboles de gran tamaño, en medio de un clima bastante agradable. Al llegar a El Vigía, a escasos 60 metros sobre el nivel del mar, el viento cálido e impregnado de humedad, proveniente del Lago de Maracaibo, nos envuelve en su manto abrasador y nos hace sudar. El verde exuberante de esta tierra excesivamente húmeda, cuyos suelos son quizás los más ricos de toda Venezuela, deslumbra la mirada del visitante, por la abundancia de los cultivos. Es el paisaje maravilloso del sur del Lago de Maracaibo, lugar donde llegan los ricos sedimentos de los ríos andinos, y que, al recibir los rayos portentosos del sol tropical, nos brinda una tierra pródiga y generosa en donde se cultiva el plátano a gran escala y dan en forma silvestre las guayabas, lechozas, parchitas, aguacates, zapotes y muchos otros frutos deliciosos.